

Identidad del cuerpo mortal y resucitado.

La recta inteligencia de los dogmas de nuestra santa Madre la Iglesia católica es fin muy principal de «Estudios Eclesiásticos». Y éste nos proponemos en el presente artículo, respecto de un dogma gravísimo y fundamental: la resurrección de la carne. Nos induce a ello, el que modernamente algunos teólogos han juzgado conveniente rejuvenecer cierta explicación diversa de la común y tradicional, y es preciso, antes de admitirla, examinar de raíz los títulos de seguridad y garantía con que se presenta. A preparar tal examen, quizá pueda contribuir nuestro trabajo, bien que modesto e incompleto.

«Creo en la resurrección de *la misma carne que ahora llevo*», dicen terminantemente los Símbolos y Concilios. De modo que hemos de resucitar con los mismos cuerpos, numéricamente los mismos que ahora tenemos. Hasta aquí el dogma. Pero, ¿qué se necesita y basta para esta identidad numérica? Según la explicación ordinaria, es preciso que el cuerpo resucitado conste, no sólo de la misma forma o alma racional, sino también de materia idéntica a la que tuvo en vida; idéntica, decimos, aun antes de ser informada de nuevo por el alma racional. Esto, hablando en términos generales, y prescindiendo de ulteriores determinaciones sobre cuál ha de ser la materia que ha de reunirse al alma. Según la explicación que tratamos de examinar, no se requiere tal identidad de materia. Podríamos resucitar con los mismos cuerpos, numéricamente los mismos que ahora tenemos, aun cuando la materia de que estos hubieran de constar, al ser reconstituidos después de la muerte, fuese materia creada de nuevo por Dios. Concordes en esta afirmación los impugnadores de la explicación común, no lo están ya al determinar qué se requiere y basta para la identidad numérica del cuerpo mortal y resucitado. Ya lo iremos apuntando en adelante. Por ahora retengamos tan sólo la parte *negativa* de su explicación.

Para acertar en el juicio sobre ella, hay que distinguir en toda la presente cuestión dos aspectos radicalmente distintos. Uno es puramente filo-

sófico, a saber: ¿qué es *de suyo* preciso y en rigor suficiente, para que sean idénticos en un sentido real y propio el cuerpo mortal y resucitado? Otro teológico, esto es, ¿determinan algo la Escritura, Tradición y en general las diversas fuentes teológicas sobre la identidad numérica que *de hecho*, según la libre ordenación y beneplácito de Dios, tendrán los cuerpos resucitados? Si, asentado el dogma, callara en adelante la teología, y ni la Sagrada Escritura ni los Santos Padres, ni demás argumentos teológicos, nos suministraran ulteriores datos o aclaraciones, la cuestión sólo podría resolverse dentro del terreno de la filosofía; y entonces vendrían bien las especulaciones metafísicas sobre materia y forma, individuación de un compuesto material y otros similares. Pero, si por el contrario, los documentos positivos contienen algo más que la simple afirmación dogmática, es preciso, ante todo y sobre todo, depurar exactamente su contenido, porque tal vez ellos señalen concretamente, cómo y hasta dónde ha querido Dios que sean idénticos el cuerpo mortal y glorioso. Proceder de otro modo sería una desorientación peligrosa, sería fallar en la elección del instrumento necesario para la solución del problema, y, por tanto, sería, cuando menos, emplear mucho tiempo en difíciles disquisiciones filosóficas, y después de todo no haber dicho nada.

Y, esto supuesto, ocurre ya preguntar lisa y llanamente: ¿Suministran la Tradición y demás fuentes positivas, elementos suficientes para adoptar una explicación determinada del dogma de la resurrección en el punto esencial de la identidad del cuerpo resucitado? Según ellos, la identidad del alma, por ejemplo, o la identidad del alma con la igualdad sensible de facciones, ¿da al compuesto la identidad que *de hecho* ha de tener conforme al beneplácito de Dios?, o ¿tal vez se requiere que el alma informe de nuevo, en todo o en parte, aquella misma materia que informó antes en su vida mortal, y que por ventura andará dispersa por el universo, mezclada y recomposta de mil maneras? Presentaremos primero con cierta amplitud los hechos o documentos, acompañados de algunas breves consideraciones, y al final de todo nos esforzaremos por aquilatar su fuerza.

I

Comencemos diciendo que la afirmación, contenida en la última pregunta, puede con verdad llamarse, afirmación *unánime* de los Santos Padres y antiguos escritores eclesiásticos. Vamos a probarlo. Pero antes tengámonos un momento ante un hecho de tan capital importancia. El dogma de la resurrección de la carne era fortísimamente impugnado y aun

escarnecido por los gentiles, ya desde los comienzos mismos de la Iglesia. Se amontonaban cavilosidades contra él, y aun con los mismos hechos procuraban los gentiles falsificar la fe de los cristianos. «Veamos ahora si resucitarán», decían los verdugos de S. Potino y compañeros mártires, después de haber dispersado y arrojado sus cenizas en la corriente del Ródano (1). ¿Cómo procedieron los Santos Padres, al defender el dogma de tan serios ataques? Naturalmente, tuvieron que entrar de lleno en su inteligencia y exposición. Trataron repetidas veces el asunto ampliamente y exprofeso, llegando hasta escribir libros integros acerca de él. Allí se esfuerzan en soltar las argucias de los gentiles sobre el caso de los antropófagos, sobre la resolución del organismo en sus primeros elementos, sobre la dispersión y como difuminación de la materia. Pero todo ese vasto conjunto de pruebas y soluciones, todo él gira alrededor del supuesto, siempre invariable, de tener que reunirse el alma a la misma materia que hubo en vida, dondequiera que ella estuviere; porque del fondo de los abismos o de las extremidades del universo, la recogerá hasta el menor átomo la sabiduría y el poder omnipotente de Dios.

Siglo 1.^º En los mismos Padres Apostólicos hallamos ya insinuaciones bastante claras. Hablando *San Clemente Romano* a los Corintios del premio de la resurrección, «el día y la noche, dice, nos ponen dé manifiesto la resurrección» con sus vicisitudes; las semillas, «caídas en la tierra secas y desnudas, se deshacen, pero *del deshecho* la grandeza de la providencia del Señor las levanta» (2); «corrompida la carne (del ave fénix) nace *de ella* un gusano, el cual, alimentándose del humor del animal difunto, echa plumas...» (3). No parece obscura la mente del Santo, cuando en la comparación de la semilla usada por San Pablo, hace notar expresamente que *ἐκ τῆς διαλύσεως*, del deshecho o disolución de la semilla brota la planta. Más expresivo quizás es el símbolo del ave fénix, típico entre los

(1) *Ecclesiarum Viennensis et Lugdunensis epist.*, [Migne, P. G., 5, col. 1448, n. XVI].

(2) «... ἄποινα (σπέρματα) πεσόντα εἰς τὴν γῆν ἔρχου καὶ γομγὰ διαλύεται· εἰτ' ἐκ τῆς διαλύσεως ἡ μεταλειώτης τῆς προνοίας τοῦ διεπότου ἀνίστησιν αὐτό...»

I ad Cor., cp. XXIV [Funk, PP. Apost., vol. I, edit. II, 1901]

(3) «... οἽπομένης δὲ τῆς σαρκὸς σκάληξ τις γεννᾶται [...] δις ἐκ τῆς ἴκυσθος τοῦ τετελευτήτος ζώου ὀνταρεφόμενος πτεροφυεῖ...» ibid., cp. XXV.

[*] El códice *Hierosol.* o *Constantinop.* lee *ἐγγενᾶται*. Esta lección adoptaron Gebhardt-Harnack. De todos modos la idea es bien clara, a lo menos por las frases que siguen. Véase cómo *San Cirilo de Jerusalén* cita a *San Clemente* y expone su idea: «Ἐτα ἐκ τῆς σαπεῖσης σαρκὸς τοῦ τελευτήσαντος σκάληξ τις γεννᾶται...» Catech. XVIII, n. 8 [Migne, P. G., t. 33, col. 1025].

gentiles para significar la resurrección, y que fué empleado después al mismo propósito por diversos Santos Padres. El gusano, pues, que ha de ser la nueva ave fénix, nace, según San Clemente, y se alimenta de los mismos despojos del difunto. Por semejante manera el hombre resurgirá de sus propias cenizas a una vida nueva e inmortal.

Siglo 2.º Vengamos ya a los apologistas del siglo segundo y sea el primero *San Justino*.

1. En su *Apología primera* toca brevemente el punto de la resurrección. Esperamos, dice, «recobrar hasta nuestros cuerpos muertos y arrojados a la tierra» (1). Más claramente aún, poco después, hablando con aque-llos a quienes dirige la *Apología* y señalando los cuerpos difuntos y descompuestos ya, afirma que no es imposible a Dios el resucitarlos: «de la misma manera inferid que no es imposible que los cuerpos humanos descompuestos y a manera de semillas deshechos en tierra, resuciten a su tiempo por mandato de Dios, y se vistan de incorrupción» (2). Estas frases en las que el sujeto de quien se afirma la resurrección es, no el cuerpo vivo informado por el alma racional, sino el mismo cadáver descompuesto, suponen claramente que se verificará la resurrección, reuniéndose al alma la misma materia. Pues, si nada importa qué materia se tome para la identidad del cuerpo resucitado, ridículo es, o mejor, no se puede afirmar con verdad y sin violencia, señalando los despojos del cuerpo, que *ellos* resucitarán. Esta observación conviene tenerla en cuenta en adelante.

Si ahora acudiéramos a los cuatro largos fragmentos *περὶ ἀναστάσεως* probablemente del mismo San Justino y en todo caso de muy venerable antigüedad (3), hallariamos largamente resueltas las dificultades contra la resurrección, en el supuesto evidente de que la materia es idéntica.

2. De *Taciano*, discípulo de San Justino, son las siguientes expresiones en su apología del Cristianismo o crítica del Helenismo, titulada *πρὸς "Ἑλλήνας* y escrita poco después de su conversión. «Y por esto también creemos que habrá resurrección de los cuerpos después del término de todas las cosas. Y, aunque fuego hiciere desaparecer mi carne (4), el mundo contiene la materia evaporada; y aunque en ríos, y aunque en mares fuere

(1) *Apolog.* I, n. 18 [*Migne*, P. G., t. 6, col. 356].

(2) *Ibid.*, n. 19, [col. 357]

(3) Véase BARDENHEWER, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, I, pgs. 246, 247; (edit. 1913).—MANNUCCI, *Istituzioni di Patrologia*, Part. I, epoc. antenic., cp. II, pgs. 59, 60; Roma, Francesco Ferrari, 1921.

(4) *Kαὶ πῦρ ἐξαφανίσῃ μου τὸ σώματον*, dice el original. Al pie de la letra se habría de traducir por algún diminutivo.

consumido y aunque por fieras desgarrado, estoy guardado en los tesoros de rico Señor» el cual, «cuando quisiere, volverá a su antiguo estado la substancia a él solo visible» (1).

Aunque ello sea bien claro, notemos de una vez, para que no debamos en cada testimonio volver sobre lo mismo, que este empeño de Taciano, continuado en muchísimos Santos Padres, de hacer ver que la materia, de que se compuso el cuerpo en vida, no perece aunque el hombre no la sepa discernir de la demás del universo; de que, aunque las fieras desgarren los cuerpos humanos, siempre queda patente a los ojos de Dios dónde se contienen los despojos, por más mudanzas que hayan sufrido en el transcurso de los tiempos: prueba evidentemente que los Santos Padres y antiguos escritores eclesiásticos no concebían la resurrección sino como una nueva información del alma a la misma e idéntica materia que en vida había ya informado. De lo contrario ¿a qué hubiera venido tanta solicitud y tales observaciones, si bastaba que el alma informase de nuevo no importa qué materia?

3. Con amplitud y singular penetración y elegancia desarrolla la doctrina sobre la resurrección *Atenágoras* «filósofo cristiano de Atenas». Largos y clarísimos pasajes se podrían aducir de su egregio tratado *περὶ ἀναστάσεως νεκρῶν*, verdaderamente digno de un filósofo cristiano. Baste recordar ahora aquellos en que prueba, después de la introducción, que no es imposible la resurrección de los cuerpos difuntos. Ni poder, dice, ni voluntad faltan a Dios. Prescindamos del segundo miembro que desenvuelve admirablemente. En cuanto al primero, Dios, según él, no podría efectuar la resurrección por falta o de ciencia o potestad. Pero, como *supo* formar los cuerpos humanos, así es «manifiesto que ni después de resolverse (éstos) en el universo ignorará dónde se contiene cada cosa de las que ha tomado para la perfección de cada uno» (2). Y de la misma *potestad*, que dió forma a la materia y congregó en uno las partes de los elementos, es «unificar lo disuelto y levantar lo que yace y hacer revivir lo difunto y tornar lo corrompido a incorrupción. Y del mismo será y de la misma potencia y sabiduría hasta lo destrozado por multitud de animales de toda clase... separarlo de allí y juntarlo de nuevo a las propias partes y miembros...» (3).

Gráficamente indica la misma doctrina en su *Apología*, cuando así defiende a los cristianos de la acusación de comer carnes humanas: «¿Quién,

(1) *Orat. adv. Graecos*, n. 6 [Migne. P. G., t. 6, col. 817, 820].

(2) N. 2 [Migne, P. G., t. 6, col. 980].

(3) *Ibid.*, n. 3 [col. 980]

por tanto, creyendo la resurrección, se hará a sí sepulcro de los cuerpos que han de resucitar? Pues no es propio de unos mismos estar por una parte persuadidos de que nuestros cuerpos resucitarán y por otra comerlos como si no hubieran de resucitar; y pensar que la tierra devolverá los propios muertos y qué no serán exigidos los que uno sepultó en sí mismo» (1).

4. De una manera más general y vaga habla *San Teófilo de Antioquía*. Pero parecen suficientemente claras sus insinuaciones en los símiles que emplea, algunos de los cuales son los usados ya tradicionalmente, como el de la semilla (2). Oigamos el siguiente: «...de la misma manera que un instrumento (utensilio), si después de modelado tiene algún defecto, se refunde o modela otra vez para que venga a ser nuevo e íntegro, de igual manera pasa también al hombre con la muerte; pues, si así vale decirse, es reducido a polvo para que en la resurrección sea hallado sano...» (3). Como se ve, el término de la comparación es sumamente expresivo; y de hecho gustó, pues este símil del instrumento, (más generalmente imagen o estatua) que se refunde, vino a ser vulgar en los siglos posteriores.

5. Sobre *San Ireneo* se pueden hacer las mismas observaciones que sobre San Justino. También él, señalando los cuerpos disueltos en la tierra, afirma de ellos que resucitarán (4). Más claro es tal vez el siguiente pasaje, donde trata de probar que Dios, pues pudo criar al hombre, puede también resucitarlo: «Aunque mucho más difícil e increíble era, no existiendo huesos y nervios... y la restante organización propia del hombre, hacer que existiese y fabricar un animal viviente y racional, que reconstituir lo hecho, esparcido después en la tierra, vuelto a aquellas cosas de donde al principio fué formado el hombre todavía no formado» (5).

6. Vengamos por fin al que generalmente se pone como el último de los apologistas del siglo II, *Minucio Félix*. Hermosamente, como suele,

(1) *Legat. pro christ.*, n. 36 [Migne, 1. c., col. 969].

(2) *Ad Autolyc.*, I, I, n. 13 [Migne, P. G., t. 6, col. 1044].

(3) Ibid., I, II, n. 26 [col. 1093]—El segundo término de la comparación es así en el original «Οὗτῳ γίνεται καὶ τῷ ἀνθρώπῳ διὰ θανάτου δυνάμει: γάρ τέθρωπται, ἵνα ἐν τῇ ἀναστάσει ὑγής εύρεθη...» Lo único, algo oscuro, es la traducción de δυνάμει. Atendiendo a la fuerza del vocablo y a algún pasaje semejante (Véase en el mismo libro, n. n. 13, 15, 16), nos ha parecido que lo más exacto en este punto era traducir con la frase castellana «por decirlo así» o «si así puede decirse». El traductor latino emplea la frase «quodam modo», que viene a ser bastante parecida en el fondo.

(4) *Contra haereses*, I, V, cp. II, n. 3 [Migne, P. G., t. 7, col. 1127].—Cfr. ibid., cp. VII, nn. 1, 2 [col. 1140, 1141] etc.

(5) Ibid., I, V, cp. III, n. 2 [col. 1129, 1130].

nos enseña en su «Octavio» la posibilidad de la resurrección en el supuesto siempre invariable de la identidad de materia. He ahí algunos de sus pensamientos: «¿Crees tú que perece también para Dios lo que desaparece de nuestros groseros ojos? Todo cuerpo, ya se convierta en seco polvo, ya se disuelva en humores, ya se reduzca a ceniza, ya se extenúe en vapor, se nos arrebata a nosotros, pero permanece para Dios conservador de los elementos... Mira más bien, cómo para nuestro consuelo toda la naturaleza preludia la futura resurrección. Pónese y nace el sol, los astros se ocultan y reaparecen, las flores mueren y renacen, los árboles después de la vejez reverdecen, las semillas sólo germinan cuando se corrompen» (1). Y a continuación añade esta imagen tan bella y poética: «Así el cuerpo en el sepulcro, como los árboles en invierno: ocultan su verdor con mentida aridez. ¿Por qué te apresuras a que en lo crudo aún del invierno reviva y retoñe? También nosotros hemos de aguardar la primavera del cuerpo» (2).

Siglos 3.^o y 4.^o Y llega el siglo III y las explicaciones sobre la resurrección permanecen idénticas, bien que resuenan quizá con más viriles acentos al brotar impetuosas de labios del áspero y vigoroso Tertuliano (3).

Pero en este siglo un acontecimiento ocurre de capital importancia. Un hombre extraordinario, grande y poderoso en medio mismo de sus extraños, propónese defender el arduo y profundo dogma de la resurrección,

(1) *Octavius*, cp. 34 [Corpus script. ecclesiast. latinorum editum consilio et impensis Acad. liter. Caesar. Vindob. Vindobonae 1866 sqq.; Halm, v. II, 1867, pg. 49].

(2) *Ibid.*

(3) *De carnis resurrectione*, cps. 12, 13, 30 sqq. Citemos como muestra unas pocas líneas del último capítulo, el 63: «Resurget igitur caro, et quidem omnis, et quidem ipsa, et quidem integra. In deposito est ubicumque apud Deum per fidelissimum sequestrem Dei et hominum Jesum Christum... Non sola anima seponitur; habet et caro recessus suos interim, in aquis, in ignibus, in alitibus, in bestiis. Cum in haec dissolvi videtur, velut in vasa transfunditur. Si etiam ipsa vasa defecerint, cum de illis quoque effluxerit in suam matricem terram quasi per ambages, resorbetur, ut rurus ex illa repraesentetur Adam auditurus a Domino «Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est» vere tunc compos mali quod evasit, et boni quod invasit...» [Corpus script. ecclesiast. latinorum... Vindobonae; Kroymann, v. XXXXVII, 1906, pgs. 123, 124]. — Véase también *Adversus Marcionem*, 1. c., l. V, cp. 9, 10, pgs. 601 sqq.].

Bellas son también y muy expresivas las palabras de S. Hipólito, de principios del siglo III, en *Adversus Graecos* n. 2 [Migne, P. G., t. 10, col. 800].

πολὺν ὅντα καὶ δυσερμήνευτον καὶ δεόμενον σοφοῦ, εἰπερτι ἀλλο τῶν δογμάτων (1), de una manera más racional, más elevada y digna de Dios (2), con la que, al mismo tiempo se conserve el depósito de la tradición (3) y se evite caer irracionalmente «en un abismo de simpleza» «en tontería de pobres pensamientos, imposibles a la vez e indignos de Dios» (4). Quien así habla es *Orígenes*, ordinariamente de tonos tan mesurados en su polémica; lo cual prueba en él un hondo convencimiento que se revela clarísimo en multitud de pasajes diseminados por sus obras. No necesitamos ahora ni es nuestro ánimo fijar el pensamiento definitivo de Orígenes sobre los diversos aspectos del dogma de la resurrección y exponerlos en toda su extensión y complejidad. Nos basta notar que sus obras ofrecen precisas y claras estas tres afirmaciones, en las cuales por lo demás se compendia a nuestro juicio lo substancial del pensamiento de Orígenes sobre la *identidad* del cuerpo mortal y resucitado, que es el punto céntrico de toda la controversia:

1.^a La materia de todo cuerpo es la misma, y, aunque de suyo carece de toda cualidad y figura (ἀποιος καὶ ἀτυχητος), es capaz de recibir toda suerte de cualidades y por tanto de formar la inmensa variedad de cuerpos que constituye y adorna el universo (5).

2.^a Pero en el cuerpo vivo hay además una particularidad notable y es

(1) Κατὰ Κέλσου, I. VII, cp. 32 [Die griechischen christlichen Schriftsteller der drei ersten Jahrhunderte. (Preuss. Akad. der Wis. Leipzig 1897 sqq.). Koetschau, «Orígenes» v. II, 1899, pg. 182, n. 20].—Véanse semejantes expresiones en otras partes v. g. *In Joan.*, I. X, cp. XXXVI [L. c., Preuschen «Orígenes» v. IV, 1903, pg. 210, n. 233].

(2) Ibid.

(3) Κατὰ Κέλσου, I. V., cp. 22 [L. c., pg. 23, n. 20].—*De principiis*, I. II, cp. 10, n. 1 [Die griechischen christlichen etc, Leipzig. Koetschau, «Orígenes» v. V, 1913, pg. 172, 173].—In Psalm. I, v. 5. Sobre todo para las citas, tomadas de este Salmo, remitimos a la edición crítica de las obras de san Metodio, perteneciente a la colección de Leipzig «Die griechischen christlichen Schriftsteller etc...» citada antes. El texto griego, tal como se lee en *Migne* en las obras de S. Metodio y más aún en las de S. Epifanio, es muy incorrecto en ciertos puntos. Véase por consiguiente la colección citada, Bonwetsch, «Methodius», *De resurrectione*, I, cp. XXII. 1917, pg. 244.

(4) «Methodius», I. c., cp. XX, pg. 243; cp. XXII, pg. 244.

(5) Κατὰ Κέλσου, I. III, cps. 41, 42 [L. c., v. 1. pgs. 237, 238]; I. IV, cps. 56, 57 [Ibid., pgs. 328-330]; I. VI, cp. 77 [Ibid., v. II. pg. 146].—*De principiis*, I. II, cp. 2, n. 2 [L. c., pgs. 112, 113]; I. III, cp. 6, n. 6 [Ibid., pgs. 288, 289]; I. IV, cps. 6-8 (Estos capítulos corresponden en *Migne* a los cps. 33-35). [Ibid., pgs. 356-361].

la renovación continua de su materia juntamente con la permanencia así mismo continua de su individuación. Todo cuerpo vivo que se nutre por intussuscepción y eliminación de elementos gastados «no conserva nunca el mismo substratum material. Por lo cual es comparado con bastante propiedad a un río. Pues tal vez propiamente el primer substratum ni dos días es el mismo en nuestro cuerpo, no obstante que Pablo v. g. o Pedro permanece siempre el mismo no sólo en cuanto al alma» sino «porque la forma, *εἴδος*, característica del cuerpo es la misma, hasta el punto de seguir idénticos aun los tipos que presentan la cualidad corporal de Pedro y Pablo, según la cual quedan desde la niñez en los cuerpos las cicatrices mismas y otras señales individuales» (1).

3.^a La aplicación al punto de que tratamos es evidente, como que para exponer y defender el dogma de la resurrección aduce Orígenes las explicaciones anteriores. Tampoco, pues, la materia del cuerpo resucitado es en sí diferente de la del cuerpo mortal (2), aunque no sea precisamente la misma informada antes por el alma (3). Igualmente no sólo el alma sino la forma corporal (*εἴδος σωματικόν, τὸ χρωματηρίζον τὸ σῶμα*) es idéntica, pues lo que caracterizaba la carne corruptible caracterizará también el cuerpo resucitado (4). Tan sólo se habrá verificado un cambio radical de cualidades: éstas de terrenas y groseras quedarán trocadas en etéreas, luminosas y como divinas (5).

Las especulaciones del gran doctor alejandrino eran verdaderamente

(1) *In Psalm.* I, v. 5 [Bonwetsch, «Methodius», l. c., cp. XXII, pgs. 244, 245].

(2) *Kατὰ Κέλσου*, 1. III, cps. 41, 42 [L. c.]. En este pasaje, sólo trata expresamente Orígenes del cuerpo resucitado de Cristo; pero ya se ve que la doctrina se extiende a los otros *a fortiori*.—*Ibid.*, 1. IV, cp. 57 [L. c., pgs. 329, 330].—*De principiis*, 1. II, cp. 2, n. 2; cp. 3, n. 2 [L. c., pgs. 112, 113, 115]; 1. III, cp. 6, nn. 4 6 [L. c., pgs. 285-289].

(3) *In Psalm.* I, v. 5 [L. c., cps. XXII, XXIII, XVIIV, pgs. 245, 246, 249].

(4) *In Psalm.* I, v. 5 [L. c., cp. XXIII, pg. 247].—Véase también *In I Corinth.*, XV, 23 [Cramer, «Catena in S. Pauli epist. ad Corinth.», Oxford, 1841, pg. 295].

(5) Además de la mayor parte de los textos ya citados y prescindiendo de aquellos que sólo en traducción han llegado hasta nosotros y son muy numerosos, véase: *In Matth.*, t. XVII, n. 30 [Migne, P. G., t. 13, col. 1568, 1569]; *ibid.*, t. XII, n. 42 [*ibid.*, col. 1080, 1081]. Para entender este último texto y a su vez como confirmación, véase: *Kατὰ Κέλσου*, 1. VII, cp. 32, 33 [L. c., pgs. 182-184].—*In Psalm.* I, v. 5 [Migne, P. G., t. 12, col. 1097 al fin].—Puede verse también *In Joan.* 1. X, cp. 36 [L. c., pgs. 210, 211].

seductoras. Con ellas parecía darse un corte radical en el negocio. Por manera ingeniosa y de visos científicos se derrocaba el fundamento mismo de la mayor parte de las dificultades y burlas de los gentiles y parecía salvarse en absoluto la identidad del individuo resucitado. ¿Qué más se podía desear? Pues bien, a pesar de haber logrado Orígenes en otras materias, por cierto bien delicadas y fundamentales, deslumbrar con sus brillantes concepciones (1); sin embargo, en este punto de la resurrección, siempre combatido y siempre explicado y defendido con particular empeño en los primitivos tiempos de la Iglesia, toda la insistencia y toda la autoridad del Alejandrino, tan grande en su vida y en los tiempos inmediatos a su muerte, no bastaron, si no nos engañamos, para conquistarle en rigor un adepto. Nadie osó presentar, como valederas, las explicaciones de Orígenes, ni siquiera en cuanto simplemente negaban la necesidad de reunirse la misma materia. Atractivo era el empeño y fácil hubiera sido arrumar todo el otro cortejo de afirmaciones de Orígenes más o menos gratuitas, por otra parte bien reducido, y marcar lúcidamente este punto tan llamativo y que facilitaba enormemente la apologética del dogma de la resurrección. Nada de eso. Por el contrario ahí precisamente sus adversarios, que pertenecen en general al siglo IV y siguientes, le combaten sañudamente, bien que a veces confesando sin rebozo la dificultad de las objeciones (2).

Generalmente convienen en que Orígenes no salva *la identidad del cuerpo resucitado*, lo cual, en rigor, no es lo mismo que no salvar la identidad del individuo. Brevemente lo enuncia *San Eustacio*, de Antioquía. Dice este Santo haber *San Metodio* demostrado claramente que Orígenes «abrió camino inconsideradamente a los herejes, al definir la resurrección por la [misma] forma y *no por el mismo cuerpo*» (3). A primera vista causa

(1) Recuérdese por ejemplo que en la misma cuestión de la apocalipsis o restauración universal y definitiva hizo suyo Orígenes, entre algunos otros de menor renombre, a S. Gregorio Niseno.

(2) Véanse v. g. las expresiones, empleadas por San Metodio cuando va a ceder la palabra a Memiano para refutar a Orígenes en lo del flujo constante de la materia: *De resurrectione* II, cp. VIII [L. c., pg. 345, nn. 9, 10].—Cópialas S. Epifanio en su «Panarium», 1. II, t. I, haer. 64, n. LXII, al fin [Migne, P. G., t. 41, col. 1176, 1177].

(3) «... τοις αἰρεσιώταις ἔδωκε πάροδον ἀβύσμων, επὶ ἔδους ἀλλ' οὐκ ἐπὶ σόματος αὕτοῦ τὴν ἀνάστασιν ὁριζόμενον.» *De Engastrimytho*, XXIII [Migne, P. G., t. 18, col. 66]. El αὕτοῦ, aun gramaticalmente, creemos que afecta también a εἴδους. De todos modos ése es el sentido.—Véase al mismo San METODIO, 1. c., en diversos pasajes, v. g. II, cp. XI, nn. 5, 6, pg. 354; III en muchas partes, por ejemplo, cp. III, n. 4, sqq., pg. 391. Nótese la argumentación del

un poco de extrañeza esta afirmación tan categórica de San Eustacio, repetida con enérgica insistencia por los demás impugnadores de Orígenes. Los cuales, tan convencidos están de que éste no salva la identidad del cuerpo resucitado, que hablan como si expresa o formalmente sostuviese que el cuerpo resucitado es otro o diferente. Sin embargo, Orígenes jamás, si no nos engañamos, lanza tal afirmación en lo que nos queda de sus obras. Por el contrario de las partes conservadas tan sólo en latín, son numerosos los pasajes en que, resueltamente, se establece la identidad del cuerpo resucitado (1). Y no parece que todos ellos sean una adición o paráfrasis intencionada del traductor, pues el contexto parece requerirlo. Léanse sobre todo los fragmentos «de resurrectione» aducidos por San Pánfilo (2). En lo que resta del original griego, es de notar el siguiente pasaje del V. *Katà Kēlsoū*. Había dicho Celso que era cosa necia pensar que habrá una conflagración universal, y que todo se abrasará menos los cristianos, no sólo los supervivientes, sino también los que ya habrán muerto, los cuales saldrán de la tierra con las mismas carnes; cosa, añade, torpísima y absurda. Responde Orígenes no negando que resuciten los muertos con las mismas carnes, que sería la solución radical, sino simplemente afirmando que se efectuará en ellas un cambio en mejor: «Ni nosotros ni las Sagradas Escrituras dicen que los ya muertos, cuando salgan de la tierra, hayan de vivir con las mismas carnes sin recibir éstas ningún cambio en mejor» (3). Y, sobre todo, repárese que aun en el célebre comentario al Salmo I, tan traído y llevado contra Orígenes, no afirma éste que el cuerpo resucitado sea *ἐπερπον* sino *ἐπερπόν*, lo cual es muy distinto (4). No nos admis-

cp. VI, n. 7, sqq., pg. 397 sqq., más poderosa y exacta que las anteriores. San EPIFANIO, l. c., nn. LXVII, LXVIII [l. c., col. 1185, 1188, 1189], en donde insiste enérgicamente en que, a la manera del cuerpo de Cristo, nuestro cuerpo resucitará íntegro y el mismo. Igualmente en «Ancoratus», XC, XCI [Migne, P. G., t. 43, col. 181, 184].—«Adamantius», l. V, cps. XVI, XXIV [Die griechischen christlichen Schriftsteller... etc. (Preuss. Akad. der Wis. Leipzig 1897 sqq.). *Van de Sande Bakhuyzen*, 1901, pgs. 206, 226].

(1) Véase v. g. *De principiis*, l. II, cp. 10, nn. 1, 8 [L. c., pgs. 173, 174, 182]; l. III, cp. 6, n. 6 [L. c., pg. 288].—*Comment. in epist. ad Roman.*, l. VI, n. 1. [Migne, P. G., t. 14, col. 1057].

(2) *Migne*, P. G., t. 11, col. 91-94.

(3) L. c., cp. 18 [L. c., pg. 19].

(4) Compárese este otro pasaje del VI *Katà Kēlsoū*, cp. 29 al fin «οὐ γὰρ τὸ σπειρόμενον... εὑρίσκεται φυγικόν φαμέν ἀνίστασθαι, ὅποιον ἐπόρητος» [L. c., pg. 99].

Un solo texto recordamos en que la primera impresión es que Orígenes, si bien de un modo indirecto, niega la identidad del cuerpo resucitado,

ra, pues, que el R. P. Prat, al terminar su estudio sobre Orígenes en la presente cuestión, resueltamente asegure, a pesar de su habitual sobriedad, que «il (Orígenes) défend toujours énergiquement, avec la résurrection des morts, l'identité du corps ressuscité» (1). Si ello es así, ¿de dónde proviene

pues parece requerir en general para la identidad del cuerpo la identidad de materia. El texto está en los Comentarios al Evangelio de San Juan, cp. I, v. 21 «Et interrogavérunt eum (a San Juan Bautista): Quid ergo? Elias es tu?» Expone allí largamente el pro y el contra de que el alma de Elias haya pasado a otro cuerpo para constituir a San Juan; y al final esboza rápidamente como un esquema de cuestiones sobre el alma, las cuales, dice, se podrían tratar en otro sitio con más cuidado y detención. Entre ellas están las siguientes: «... εἰ εὐδέχεται αὐτὴν (ψυχὴν) εἰσεριθῆναι δεύτερον ἐν σώματι η̄ μή... καὶ τῷ αὐτῷ σώματι η̄ ἑτέρῳ, καὶ εἰ τῷ αὐτῷ, πότερον καθ' ὑποκείμενον μένοντι τῷ αὐτῷ κατὰ δὲ ποιήηται μεταβολοφένῳ, η̄ καὶ καθ' ὑποκείμενον καὶ ποιήηται επομένῳ τῷ οὐτῶ...» (Die griechischen christlichen Schriftsteller... Leipzig; EROIN PREUSCHEN, 1903, *Origenes*, IV, libr. VI, cp. XIV, pgs. 123, 124). Como se ve, para la identidad del cuerpo parece requerir la identidad de materia, pues en los dos miembros de la subdivisión de τὸ αὐτὸν σώμα incluye τὸ αὐτὸν ὑποκείμενον.

Pero, si bien se considera, este texto nada prueba contra Orígenes, Por de pronto quizá podría decir alguno, no sin bastante verosimilitud, que, en un rápido esquema y en sitio donde no se trata despacio la cuestión, no es extraño se haya omitido un miembro que necesitaba de ciertos desarrollos para no ser mal entendido. Mas no hay para qué insistir en este indicio o conjectura. Otra es nuestra explicación. Sencillamente, en el lugar citado no se trata de identidad numérica e individual, sino ESPECÍFICA. *Razones:* 1. Se trata allí de *metensomátosis* o, como ahora se dice con más frecuencia, *metempsicosis*. Ahora bien, la *metensomátosis* es «el tránsito del alma a un cuerpo diverso o individual o específicamente» (v. g. a otro cuerpo humano o a cuerpos de brutos animales). Por tanto, cuando EN ESTE SUPUESTO se habla de cuerpo τὸ αὐτὸν ο ἔτερον, se puede perfectamente entender, y aun ello parece lo más obvio y lógico, *identidad o diversidad específica*.—2. No recordamos ningún adversario de Orígenes que haya utilizado dicho texto.—3. Extraño sería que tratase allí Orígenes de identidad *individual* y ni mencionase siquiera el εἴδος, que tan importante es para él en la explicación de esa identidad, sin embargo de que pocas líneas antes había estado hablando del εἴδος y γαραντήρω de Juan, Elias y Nuestro Salvador.

(1) «Origène, le theologien et l'exégète», 1. I, chap. V, 1, pg. 94; París, Bloud et C.é, 1907. Por tratarse de un autor tan esmerado como el reverendo P. Prat, nos parece conveniente advertir una distracción, simplemente una distracción, pero que podría hacer formar juicio errado a quien no consultase el texto original. El reverendo Padre, en la pg. 93 de la citada obra, traduce dos o tres veces consecutivas la palabra εἴδος por cuerpo; de donde resulta un texto griego, en que terminantemente se afirma la identidad del cuerpo resucitado.

ne que los adversarios de Orígenes pongan sistemáticamente en boca de éste la negación expresa de la identidad del cuerpo resucitado? Remitirse a obras perdidas, parece ridículo y pueril, puesto que los pasajes más impugnados los conservamos a través de los escritos mismos de impugnación. Suponer en todos desconocimiento de causa o arrebato de pasión es, a la vez, irreverente e inexacto. Por consiguiente, parece concluirse que las explicaciones de Orígenes, a juicio de aquellos Santos Padres, suprimen, evidentemente, la *debida* identidad del cuerpo mortal y resucitado; y, por tanto, no es extraño que, según su costumbre de combatir a Orígenes, censuren en éste lo que expresamente dice y tal vez aún más lo que lógica o equivalentemente juzgan debe decir. Por lo menos siempre queda en pie el hecho singular, y en extremo significativo, de que afirmaciones tan claras de Orígenes como las que arriba hemos indicado y documentado, según las cuales se pretende salvar la debida identidad, no hallaran eco alguno en los oídos de tantos como fueron siempre a inspirarse en los escritos del Alejandrino.

Convienen también los adversarios de Orígenes en censurar su doctrina, por lo que toca a este punto, con severos calificativos, no sólo de orden filosófico y puramente racional (1), sino tambien, digámoslo así, teológico.

Ya es bien enérgica en este sentido la afirmación de *San Eustacio*, que hemos ya citado. Aparentemente parece recaer tan sólo sobre quienes niegan la identidad del cuerpo resucitado. Pero si atentamente se considera, según lo que acabamos de exponer, se convendrá en que realmente recae sobre la *explicación* misma de Orígenes en dicho punto de la identidad.

San Metodio impugna a Orígenes y suelta sus dificultades ampliamente desde el punto de vista filosófico, y, aun podríamos decir, fisiológico (2). Pero no descuida recurrir con bastante frecuencia a la Escritura en confirmación de sus ideas, al mismo tiempo que retuerce con destreza contra Orígenes aquellos textos que éste alegaba en favor de sus explicaciones o interpretaba de modo que no las contradijesen (3).

Pero el Santo Padre de este período que combate más ardorosamente a Orígenes bajo todos los aspectos y, por tanto, bajo el aspecto también teo-

(1) Véase v. g. *San Metodio*, I. c., II, cp. XI, pg. 354; I, cps. XXVII, XXVIII, pgs. 255-257.—*San Epifanio*, «Panarium», I. c., nn. X, XI [I. c., col. 1085; 1088]; nn. LXVII, LXVIII, LXXIII [I. c., col. 1185, 1188, 1189, 1197].

(2) V. g., I. c., II, cp. IX sqq. 345 sqq.

(3) I. c., III, cp. IX sqq., pgs. 401 sqq.

lógico, es *San Epifanio*. En cuanto a esto último podría cifrarse su pensamiento en las siguientes palabras con que da comienzo a la refutación de Orígenes en el punto de la resurrección. Dice en ellas que Orígenes excogitó «una opinión sofística, *nada fundado en fe sino en silogismos*, todo para ruina de quienes le creen...» (1). Trata allí San Epifanio de la identidad del cuerpo resucitado, y cuáles sean los silogismos de Orígenes lo prueban los pasajes de éste a que el Santo expresamente se refiere, que son los tan conocidos del comentario al Salmo I, y lo indica también aquella frase, a saber, que Orígenes arguye ἐὰν τῶν κατὰ φύσιν ἡμῖν συμβουλόντων (2). El mismo Santo a los que Orígenes llama οἱ ἀπλούστεροι τῶν πεπιστευχότων apellida «hijos de la verdad» (3), expresión cuyo significado, dada la antítesis y en boca de San Epifanio, no puede ser dudoso; a los argumentos en contra de la reunión de la misma materia πρὸς τὴν ἀλήθειαν λεξιστίαι (4) y dice que los expone εἰς παράστασιν... τῆς περὶ ἀνατάσσων ἀποστάσις (5).

Por lo demás, al descender todos ellos a los pormenores de la refutación, percíbese, sin duda, variedad de razones y aun cierta diversidad de procedimientos. Pues al paso que San Metodio y el autor de «Adamantius» niegan resueltamente la renovación constante y total de la materia y admiten una porción de ella invariable que constituye el cuerpo primitivo (6), San Epifanio parece transmitir a Orígenes, tal como éste lo quiere, el flujo de la materia, sin querer apoyarse en la negación de tal supuesto para refutar sus teorías (7).

Muchos más numerosos que los que expresamente impugnan a Orígenes son los Padres que, ya de pasada, ya a veces ampliamente, tocan el argumento de la resurrección y ni siquiera parecen darse por enterados de las teorías de aquél; y esto a pesar de ser varios de ellos aficionados a Orí-

(1) «... σοφιστακήν τινα ὑπόγνωσιν... οὐ τι πιστικόν, ὅλλα συλλογιστικόν, πᾶν ὄτισδυν εἰς κατατροφὴν τῶν αυτῷ πεισθέντων.» «Panarium», l. c., n. XI [Migne, P. G., t. 41, col. 1088].

(2) Ibid.

(3) Ibid., n. X [col. 1085].

(4) Ibid., n. XI [col. 1085].

(5) Ibid.—Véase en los mismos números otras expresiones por el estilo. Y nótese el final n. LXXIII [col. 1198], donde llama a la resurrección de Nuestro Señor προπόντιον para expeler el veneno de Orígenes.

(6) *San Metodio*, l. c., II, ep. IX sqq.—«Adamantius», l. c., cps. XVI, XVII, pgs. 204-210.

(7) Τὰ ἀρ' ἡμῶν ρύσντο, εἰ καὶ οὕτως ὑπάρχει κατὰ τὸν σοῦ λόγον, οὐ μωρῶς παρ' ἡμῶν ζητηθῆσται....» «Panarium», l. c., n. LXVII [l. c., col. 1185]. Adviéntase la frase concesiva de forma real.

genes y beneficiar con frecuencia el tesoro inagotable de sus escritos. Tales son en occidente, para no citar sino los nombres más ilustres, *San Hilario* (1) y *San Ambrosio* (2). Tales en oriente *San Cirilo* de Jerusalén (3), el vigoroso y profundo asceta *SAN MACARIO EGIPCIO* (4) y el Príncipe de los oradores cristianos *San Juan Crisóstomo* (5). Tales, en fin, los Padres de la escuela neo-alejandrina (6). De entre ellos conviene

(1) *In. Psalm.* II, n. 41 [Corpus script. ecclesiast. latinorum... Vindobonae 1866, sqq.; Zingerle, v. XXII, 1891, pág. 68].

(2) *Liber. 2º de excessu fratris sui Satyri* [Migne, P. L., t. 16].

(3) *Catecheses*, Catech. XVIII, «De carnis resurrectione» [Migne, P. G., t. 33].

(4) *Homil.* XI, n. 1 [Migne, P. G., t. 34, col. 544, 545]. Y en muchos otros pasajes.

(5) En muchísimos sitios. V. gr., *In epist. I ad Corinth.*, homil. XVII [Migne, P. G., t. 61, col. 142, 143]; homil. XLI, XLII [l. c., col. 355 sqq.]; *De resurrectione mortuorum homil.*, [l. c., t. 50, col. 429 sqq.]

(6) SAN ATANASIO, *Vita S. Antonii*, nn. 90, 91 [Migne, P. G., t. 26, col. 968-971].—SAN GREGORIO NAZIANZENO, *Orationes*, Orat. VII «In laudem Caesarii fratris», n. XXI [Migne, P. G., t. 35, col. 781, 784].—SAN GREGORIO NISENO. *De anima et resurrectione*. [Migne, P. G., t. 46, col. 77 sqq.]—DÍDIMO ALEJANDRINO, *In Actus Apost.* cp. II, v. 25 [Migne, P. G., t. 39, col. 1657, 1660]. Nótese una grave inexactitud que se ha deslizado en la traducción latina y podría perturbar todo el sentido. La frase griega ὅδε γέ τῶν ἀπλούστερων» se traduce «sententiae cordiorum», siendo así que se ha de traducir «sententiae simpliciorum». *In II ad Corinth.*, cp. V. v. 1, 2, [l. c., col. 1701, 1704]. Véase también *De Trinit.*, II, cap. VII, n. 1 [l. c., col. 561].

SAN BASILIO ha sido colocado por alguno al lado de Orígenes en contra de la identidad del cuerpo resucitado (A. CHOLLET, *Dictionnaire de théol. cathol.* sous la direct. de Vacant-Mangenot, «Corps glorieux», col. 1895). Realmente no creemos que el santo Doctor ofrezca dificultad alguna seria. Se citan de él únicas frases en que, parangonando la presente vida con la eterna, expone y amplifica la bienaventurada estabilidad de ésta y la triste mutabilidad de aquélla. En la cual, dice, «aun antes de que el alma se desata del cuerpo por la muerte, morimos muchas veces los hombres» (*In Psalm.* CXIV, v. 7 [Migne, P. G., t. 29, col. 402]). En tres semanas de años pasa el hombre por tres cambios bien definidos de edad y de vida. A los siete años termina con la dentición la edad del niño; llega después, como a otra meta, a ser adulto; y luego a los veintiuno, que es la plenitud de la adolescencia; y cuando el hombre ha cesado de crecer y el juicio está ya firme y no queda ni vestigio de la juventud, «¿por ventura no pensarás que se ha muerto en él lo pasado?» En iguales términos se expresa, al comentar el título del salmo 44, con la particularidad de amplificar aquí además las mudanzas del alma y hombre interior. «Otros somos cuando esta-

detenerse un momento en *San Gregorio Niseno*. San Gregorio Niseno es uno de los Santos Padres más aficionados a Orígenes y quizá el que se le acerca más en las explicaciones sobre el dogma de la resurrección. En su egregio tratado «De anima et resurrectione» propone con vigor inusitado las más graves dificultades contra la resurrección y en especial contra la identidad del cuerpo resucitado (1). No podía faltar la de la renovación incesante de la materia y, lo mismo que Orígenes, compara nuestro cuerpo a un río o corriente continua. La respuesta, indicadora como siempre de un ingenio sutil y refinado a la vez que robusto, original y de grandes alienatos, contiene afirmaciones o insinuaciones bien graves en lo tocante a la apocatástasis o restauración universal (2). Parece enunciar también con bastante claridad el principio, indicado por Orígenes (3), de la supresión en el cuerpo glorioso de aquellos órganos cuyo uso deba cesar (4). A pesar de todo y contra lo que parece se podía prever, San Gregorio no acepta las ideas del maestro en el punto que nos ocupa de la identidad. Enseña que se reunirán los elementos del cuerpo, disipados después de la

mos de buen temple y todas las cosas de la vida nos van según corriente; otros, en tiempos difíciles, cuando tropezamos con alguna contrariedad, etc.,» [l. c. col. 388]. Uno de los cambios, apuntados por el Santo, es el que experimentaremos en el día de la resurrección: ἀλλοίωσις... ἐπὶ τῷ βεβήτων καὶ πνευματιζόντω [l. c., col. 389].

Sinceramente hablando, ¿pueden ofrecer dificultad razonable esos conceptos y amplificaciones, de sabor evidentemente oratorio y ascético, en los que se pone de relieve un aspecto de la verdad con tendencia a todas luces práctica? Aun los partidarios de la reunión de la misma materia más rigurosos en el lenguaje, no hallarán dificultad en emitir desde el púlpito semejantes expresiones con las que simplemente se hace resaltar el incesante fluir de la materia y de los estados y actos del alma.

Por fin, si bien San Basilio habla de la resurrección en términos algo generales como quien la toca de paso y a otro propósito, no obstante también se encuentran en él comparaciones muy parecidas a las empleadas por otros Santos Padres para probar la identidad de materia. Tal es, por ejemplo, la hermosa del gusano de seda, en cuyas maravillosas transformaciones quiere el Santo que piensen las mujeres cuando se sientan a hilar la seda, para entender por ahí el cambio misterioso de la resurrección. (*In Hexaem.*, homil. VIII, n. 8 [l. c., col 184, 186]). Asimismo, aunque rápidamente, afirma de los despojos del difunto que recobrarán la vida (*In Psalm XXXIII*, v. 21, n. 13 [l. c., col. 385]).

(1) L. c., [col. 137-145].

(2) L. c., [col. 152, 157, 160].

(3) *In Psalm. I*, v. 5. [Bonwetsch, l. c., cp. XXIV, pg. 248].

(4) L. c., [col. 148, 149].

muerte (1); que la omnipotencia de Dios no sólo nos *devolverá* el cuerpo disuelto, sino que le *añadirá* grandeza y hermosura (2). Y sobre todo a la mitad del diálogo expone largamente su parecer: atribuye al alma la facultad de discernir los despojos esparcidos de su cadáver, a los cuales está siempre presente como fiel *guardián* o *custodio* (3), y define la resurrección «la reunión en uno mismo de los (elementos) separados, para la restauración, mediante ellos, de lo que se disolvió» (4).

Cerremos esta serie de nombres gloriosos, que resplandecieron en el siglo IV, citando otros tres no menos ilustres. Los dos primeros pertenecen a la Iglesia siríaca.

Y comencemos, como es natural, por el que es tenido ordinariamente por el Padre más antiguo de ella: el «Sabio persa» Afráates, Obispo de Mar Mateo (5). Veintidós homilías suyas nos han quedado, de las cuales la octava trata de la resurrección de los muertos. También él, al aducir la clásica comparación de la semilla y después de haber advertido que ella nos ha de enseñar acerca de la corrupción y disolución del cuerpo, dice expresamente que la semilla «cayendo en tierra se pudre y corrompe y de la misma corrupción crece, germina y da fruto» (6). Y añade con expresiva frase: «Y así como la tierra arada, en la que no ha caído ninguna semilla, no produce frutos, aunque esta tierra beba toda lluvia, así del sepulcro, al que ningún muerto fué encomendado, no saldrá hombre alguno en la resurrección de los muertos, aunque allí resonase todo sonido de trompetas» (7). Refuta luego a los que dicen resucitaremos con un cuerpo celeste, apoyándose en aquello de San Juan, V, 28: «...todos los que yacen en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios.» «Ciertamente, dice, no vendrá un cuerpo celeste que penetre en el sepulcro para de nuevo salir de él (8).» Finalmente, entre otras muchas cosas, es original y muy a nuestro propósito la razón que alega de haber querido Jacob ser enterrado en el sepul-

(1) L. c., [col. 108, 109, 152, 153].

(2) L. c., [col. 153].—Allí mismo col. [153, 156] explica con fina penetración la difícil semejanza, propuesta por el Apóstol, del grano de trigo con el cadáver.

(3) L. c., [col. 76-80].

(4) «... τρόπος τίγη τοῦ δισκούθεντος ἀναστοργήσιμων.» L. c., [col. 76].

(5) *Patrologia Syriaca*, edit. Graffin, París, Didot, 1894; t. I, *Parisot. praefat.*, cps. 1, 2.—Véase también Mannucci, l. c., Part. II, *epoch. post. nic.*, period. 1, sez. I, Append. pg. 123.

(6) L. c., [col. 363, 366].

(7) L. c., [col. 366].

(8) L. c.

cro de sus mayores, «...a fin de que, hecho el sonido y [oída] la voz de la trompeta, resucitase *próximo* a sus padres...» (1).

No puede faltar en segundo término el más excelsa representante de la Iglesia siríaca, nombrado recientemente Doctor de la Iglesia universal, *San Efrén*. Numerosos y clarísimos pasajes podríamos entresacar de sus obras, pródigas en colorido y preñadas de hondo sentimiento. Gráfico es y de extraña expresión el siguiente pasaje: «Por muertos tienen a los huevos los inexpertos, pero no lo están para la madre que incuba los suyos puestos en el nido: los que carecen de la luz de la fe piensan que los despojos de los hombres carecen de vida; ellos viven con todo dentro del sepulcro para Aquel para quien viven todas las cosas» (2). Menos originales, aunque no de menor expresión, son las siguientes pinceladas, tomadas de un sermón «In secundum adventum Domini»: «Mandará, pues, el gran Rey y al instante la tierra con temblor y apresuramiento dará sus muertos, el mar los suyos, y el infierno (también) los suyos; y [los] que fiera haya arrebatado o pez destrozado, [los] que ave de rapiña desgarrado, todos en un abrir y cerrar de ojos se presentarán y ni un cabello faltará» (3).

El mártir glorioso de Cristo, venerable y prudentísimo defensor de Orígenes, *San Pánfilo*, será el último anillo de la cadena de oro de Padres y escritores del siglo IV, aunque sea cronológicamente de los primeros. Sus palabras merecen particular atención. Comienza diciendo que son calumniadores y evidentemente mentirosos quienes afirman que Orígenes niega la resurrección. Él quiere demostrar los sentimientos católicos de Orígenes en esta parte, y para eso alega unos diez fragmentos de sus obras. Todos ellos se encaminan a probar que resucitarán *los mismos hombres, con los mismos cuerpos, con la misma carne*. La razón es clara: lo contrario no sería resurrección. Pero y de las explicaciones de Orígenes ¿qué dice el santo mártir? Ni una palabra. Llega hasta citar el celebérrimo texto del comentario al Salmo I, arsenal de todos los adversarios de Orígenes. Certo que en la misma manera de aducirlo parece dar a entender que se trata de un texto difícil (4). Sin embargo, no cita sino aquellas frases en que

(1) L. c., [col. 374].

(2) *S. Ephraem Syri opera omnia in sex tomos distributa*, edit. Assemani, 1732-1746; t. II, syr. et latin., «*Sermones adversus haereses*», serm. 52, pg. 552.

(3) L. c.; t. II, graec. et latin., «*In secundum Domini adventum*», pg. 213.

(4) «*Non praeteribimus vero neque illum locum quem de primo psalmo disseruit, in quo etiam de resurrectione ita scripsit...*» *Apologia pro Origene*, cp. VII [Migne, P. G., t. 17, col. 598]. Está en el t. VII de las obras de Orígenes.

Orígenes afirma la identidad del *εἶδος*, aunque sean otras las cualidades. ¿Dedúcese de ahí que San Pánfilo aprueba positivamente las explicaciones de Orígenes? No lo vemos; y por eso dijimos al principio que Orígenes, *en rigor*, no había logrado ningún adepto. ¿Dedúcese que las reprueba? Segundo parece hay que distinguir. No se deduce que las reprueba, por lo menos como claramente opuestas al dogma; pues la defensa larga e insistente de Orígenes en cuanto al hecho de la identidad del cuerpo resucitado, y por otra parte el silencio absoluto sobre sus explicaciones, sin insinuar siquiera ninguna de aquellas otras defensas que en otros puntos alega, v. gr., que la cuestión era libre etc., todo ello induce a creer que, distinguiendo prudentemente San Pánfilo entre el dogma y su explicación, aplaude con entusiasmo en Orígenes sus afirmaciones categóricas del dogma y a la vez tampoco juzga que sus explicaciones lo contradigan, por lo menos de una manera formal e inequívoca. Pero, esto supuesto, el escoger precisamente varios fragmentos en que Orígenes causa la impresión de afirmar que se reasumirá en todo o en parte la materia del cadáver, contradiciendo así al parecer, o si se quiere en realidad, a lo sostenido en otras partes y el extraño silencio sobre las explicaciones famosas de Orígenes, o nada revelan de la mente privada de San Pánfilo, sino son tan solo táctica prudente de defensa, o, si algo indican, más bien indican que a San Pánfilo no le satisfacían mucho las brillantes, pero al fin brillantes novedades de Orígenes.

Siglo 5.^o Al penetrar en el siglo V, pronunciando el nombre de San Pánfilo, es imposible que no se suscite inmediatamente el recuerdo de otro defensor entusiasta de Orígenes, aunque no tan prudente, por medio del cual se nos ha trasmítido en latín el libro I de la Apología de Orígenes, escrita por aquél en colaboración con Eusebio de Cesarea. Su nombre es *Rufino* y evoca a su vez el de su terrible contrincante, el ardiente apasionado de la ortodoxia, *San Jerónimo*. En Rufino hallamos terminantísimas declaraciones en contra de las teorías de Orígenes (1). También en San Jerónimo, si bien a nuestro juicio éste, creyendo insistir radicalmente contra Orígenes en el punto de la identidad, es tal vez menos contundente que otros escritores y aun que Rufino, pues con frecuencia se contenta con oponer a Orígenes valentísimas y elocuentísimas demostraciones de que resucitaremos con *la misma carne que ahora tenemos* (2).

(1) *Commentarius in Symbol. Apost.*, [Migne, P. L., t. 21, col. 578 sqq.].—Véase también, aunque no sea tan decisivo, *Apologiae lib. I*, nn. 4-9 [L. c., col 544-547]

(2) Véase no obstante del libro *Contra Joannem Hierosolymitanum* los nn. 25 y siguientes; sobre todo el n. 33, en el que entre otras semejantes

Citados los dos nombres de Rufino y S. Jerónimo, imposibles de omitir en la presente controversia, no creemos haya para qué multiplicar testimonios ni aumentar el catálogo de autores. No nos detendremos, pues, ni en el Santo Padre más venerable del oriente durante el siglo, SAN CIRILO ALEJANDRINO (1), ni siquiera a guisa de confirmación mencionaremos los amplios y magistrales desarrollos del gran Doctor S. Agustín (2), que vinieron a ser el fondo y patrimonio común de los escolásticos y aun podríamos decir de todos los occidentales que le siguieron. Si en el mismo siglo IV, a pesar de que los escritos de Orígenes eran como mar henchido de atractivos y misterios, a donde orientales y occidentales iban a buscar perlas y corales de sabiduría, no hallamos defensor alguno, propiamente tal, de las teorías de Orígenes: menos lo hallaremos en el siglo V y siguientes, en que el astro de Alejandría casi parece eclipsarse para el occidente, mientras que en el oriente se van amontonando contra él nubes de tempestad, o bien pierde su causa interés al concentrarse más y más la atención de los espíritus en las grandes cuestiones cristológicas.

Pasa, pues, la teoría de Orígenes, sin hacer apenas mella ni convencer a nadie (3); y en adelante vive pacíficamente la explicación tradicional. Y, cosa rara, si alguna concesión o coincidencia importante ocurre, lo mismo ahora que en los siglos anteriores, es tan sólo en algo que toca más bien a la *integridad* del cuerpo resucitado, a saber, en la supresión de sexos, que viene a ser un caso particular del principio general apuntado por Orígenes, que los cuerpos gloriosos carecerán de los miembros cuyo uso deba cesar (4). Aserción, que junto con las arriba expuestas, constituyé la parte

aduce estas significativas palabras: «... mandabit piscibus maris et eructabunt ossa quae comedérant etc.» [Migne, P. L., t. 23 col. 385].

(1) En numerosos pasajes, v. gr. en sus Comentarios a San Pablo [Migne, P. G., t. 74, col. 904, sqq.]

(2) Son muy frecuentes en sus obras. Véase entre otros pasajes *De civitate Dei*, I. XXII, cp. 20 [Corpus script. ecclesiast. latinorum... Vindobonae; Hoffmann, v. XXXX, sect. V, pars. II, 1900, pgs. 631-633].—*De fide, spe et charitate*, cps. 84-92 etc.

(3) Superfluo parece y aun quizá algo ridículo observar que no nos referimos aquí sino a las personas *históricas* y que no pretendemos negar en la presente materia la existencia de *originistas*, más o menos numerosos, de esos que pertenecen al grupo de los *innombrados*, cuyos nombres, escritos y palabras no traspasan en particular sino en confuso y por vagas referencias los umbrales de la historia.

(4) *In Psalm. I*, v. 5 [Bonwetsch, I. c., cp. XXIV, pg. 248]. Con todo, hasta qué punto juzgase Orígenes que tenía aplicación este principio, no es

substancial del pensamiento de Orígenes en la presente materia de resurrección (1).

Hemos recorrido con cierta detención la edad de oro de los Santos Padres. Al salir de ella deseamos ofrecer a nuestros lectores, para que a la vez les sirva de confirmación y deleite, alguna flor de poesía cortada en los jardines, clásicos juntamente y cristianos de aquel tiempo (principios del siglo V).

El nombre de *Prudencio* suena ya en los oídos de todo lector. Es él sin duda el mayor poeta latino de su siglo y quizá mucho más aún se podría decir. Pero el testimonio de Prudencio lo reservamos para otra ocasión. Ahora recordemos tan sólo de él aquella afirmación enérgica como todas las suyas (2):

Credo equidem, neque vana fides
Corpora vivere more animae...

Y esos cuerpos son aquellos de los cuales había dicho inmediatamente antes que:

Post obitum reparare datur,
Eque suis iterum tumulis
Prisca renascitur effigies,
Pulvereoo coeunte situ.

Cuerpos que:

...Jussa quiescere sarcophago,
Dux parili redivivus humo
Igne Christus ad astra vocat.

fácil determinar. Ciento que no lo aplicaba con la amplitud que le atribuyeron algunos de sus adversarios. Véase, v. g., *In I Corinth.*, XV, 23 [*I.Cramer*, «Catena in S. Pauli epist. ad Corinth.», Oxford 1841, pg. 295].

(1) Otro punto característico en Orígenes, y por cierto bien oscuro, es aquella «ratio quae substantiam continet corporalem», λόγος τις que ἔχεται τῷ σώματι, ὅπερ οὐ μὴ φθειρομένου ἐγείρεται τὸ σῶμα ἐν ὕψιθαρσίᾳ (Κατὰ Κέλσου, I, V, cp. 23). Sin embargo, no creemos sea de importancia, a lo menos para el punto concreto de la identidad y aun integridad del cuerpo resucitado. Todo se reduce a hacer intervenir una fuerza o principio, distinto del cuerpo y también, según nos parece más probable, de la misma alma (*), el cual en el día de la resurrección rehará el mismo cuerpo de antes.

Esta idea extraña, algo retocada, pudo gustar a alguno que otro apolo-gista de fines del siglo XVIII y principios del XIX, según veremos más adelante.

(2) *Cathemerinon*, III «Ante cibum» [Migne, P. L., t. 59, col. 810 sqq.]

(*). Omitimos las razones que nos lo persuaden por no ser dicho punto de importancia para nuestro propósito.

El ánimo se recrea en poder citar a aquél varón nobilísimo y cultísimo, que de opulento se hizo pobre por Cristo: Poncio Meropio *Paulino*. La Iglesia lo venera en los altares y su nombre es *San Paulino de Nola*. Inferior a Prudencio en el vuelo impetuoso de la imaginación, en vigor y colorido, y en férvido y arrebatado entusiasmo, tiene en cambio San Paulino una delicadeza de sentimientos y una apacible serenidad de espíritu que atrae y conforta.

Referente a nuestro propósito puede leerse íntegro el «carmen» XXXI «De obitu Celsi consolatio». Transcribiremos algún fragmento (1):

.. Nullus eram, et faciente Deo sum natus ut essem;
 Nunc jam de proprio semine rursus ero.
 Nam, licet in tenuem redigantur et ossa favillam,
 Corporis integri semina pulvis habet;
 Cumque etiam cineres vacuatis terra sepulchris
 Cognato immixtos caespite sorbuerit,
 Tunc quoque corporeis hominum vanescere visos
 Luminibus solidos continet Omnipotens,
 Inque die magno, quae nunc absunta putamus
 Corpora, cernemus surgere tota Deo,
 Nulla cui natura perit, quia quidquid ubique est
 Omne Creatoris clauditur in gremio.
 Quos aqua fluminibus pelagoque et piscibus hausit
 Quos volucres et quos diripuere ferae,
 Cunctos terra Deo debet, quia quos aqua mersit
 Litore vel fundo strata recepit humus,
 Quae licet una, tamen non uno sumpta sepulchro,
 Sparsa locis laceri funeris ossa tegit...
 Sed licet e membris in humum transmissa ferinis
 Membra hominum vivo semine salva manent,
 Et moriente fera, cui forte cadaveris esca
 Humani fuerit, dividitur ratio...
 Ergo mei fratres, mea cura, meum cor, in ista
 Maerentes animos laetificate fide.
 Pellite tristitiam dociles pietate fideli
 Fidentesque Deo laetitiam induite.

FRANCISCO SEGARRA.

(1) *Sancti Pontii Meropii PAULINI NOLANI carmina* [Corpus script. ecclesiast. latinorum... Vindobonae; Hartel, v. XXX, 1894, pg. 316 sqq.]